

Modernidad en Chile. El Pulso del Desencanto;**Error! Marcador no definido.**

Entrevista a Norbert Lechner

Por Faride Zeran

en revista Correo de la Innovación Nr.5,

Santiago, octubre 1998

El informe del PNUD puede resumirse en una frase: los chilenos no son felices.)
¿Qué lectura le sugiere esta conclusión?

La pregunta por la felicidad es tan antigua como compleja. Como tantas veces, es más notoria su ausencia que su presencia. Un indicio suele ser cierto malestar. La desazón es más llamativa cuando existe junto con un impresionante proceso de modernización con grandes logros. A esa paradoja está dedicado el Informe del PNUD sobre el Desarrollo Humano en Chile. Ahora bien, el malestar es un fenómeno difuso y complejo que el Informe analiza solamente en un aspecto: como búsqueda insatisfecha de seguridad. Creo que es una dimensión crucial, pero no la única. Por eso el Informe tampoco trata de dar una respuesta concluyente. Nos presenta, con antecedentes empíricos, nuestros miedos e invita a conversarlos, a darles nombre, a entender lo que nos pasa. No es ningún análisis catastrofista o fatalista, por el contrario. Quiere contribuir a conocer las razones del malestar con el fin de que, entre todos, podamos asumir los desafíos. Sólo hablando de nuestros miedos y anhelos encontraremos las razones y pasiones para hacernos sujetos del proceso.

Como muestra el capítulo histórico del Informe, la inseguridad hace parte de la modernidad. Si entendemos por modernidad el paso de un orden heredado a un orden producido, entonces la producción deliberada del orden siempre conlleva inseguridad e incertidumbre. Es parte de la condición moderna y está presente en la sociedad chilena desde la Independencia. Por lo tanto, no hay que dramatizar el fenómeno. Tampoco hay que ignorarlo. La seguridad es una dimensión intrínseca a todo orden y, por ende, toda sociedad enfrenta de una u otra manera ese desafío. Pues bien, ¿cómo abordamos nosotros - la sociedad chilena actual - el reto de la seguridad? ¿De qué modo, con cuales instituciones, vamos a construir ese marco de seguridad que requiere cada uno de nosotros así como la sociedad en su conjunto?

El malestar en Chile llama la atención precisamente porque los resultados socioeconómicos del país son notables. Cabe preguntarse si existe una relación entre ambos. ¿El malestar surge a pesar de la modernización exitosa? ¿O a raíz de ella? Personalmente, estimo que la actual estrategia de modernización genera seguridad e inseguridad. Sus resultados positivos están a la vista: nadie muere de hambre en Chile, hay mejores niveles de salud, mayor cobertura escolar. Pero también produce inseguridad.

¿Qué es lo que motiva esta inseguridad?

Entre otros motivos, destaco tres. En primer lugar, la estrategia actual mantiene inalterable las desigualdades sociales históricas del país. Es decir, tal como operan actualmente los sistemas de salud o educación o el mercado laboral, ellos no aseguran una igualdad de oportunidades. No logran contrarrestar las desigualdades heredadas. Ello repercute en un acceso desigual a los servicios,

creando un círculo vicioso. Dado que el bienestar subjetivo depende más de la posición relativa del individuo que del desempeño global del país, grandes desigualdades acentúan los sentimientos de agravio, deprivación y malestar.

Ello es tanto más grave por cuanto, en segundo lugar, la estrategia actual tiende a desoir a la subjetividad de las personas. A diferencia de lo que sostienen las teorías de gestión empresarial y los elogios del cliente, no se escuchan los temores y deseos de la gente, no se valora su experiencia, no se fomentan procesos de aprendizaje, no se busca elaborar en conjunto un código interpretativo de las nuevas realidades. Entonces, la gente sabe funcionar acorde a las lógicas propias a los distintos sistemas funcionales, pero no adhiere a ellas. No hay un involucramiento afectivo con el desarrollo del país y ello le quita sustentabilidad en el tiempo.

Un tercer motivo de malestar es la erosión del vínculo social. La actual estrategia de modernización, haciendo un uso exacerbado de la lógica de mercado, debilita las redes de confianza y cooperación. Una competitividad extremada socava el flujo de información, el intercambio de conocimientos y experiencias, la colaboración gratuita. Este debilitamiento de la sociabilidad termina por afectar la cohesión interna de la sociedad, dificultando el manejo de los conflictos sociales. Pero afecta igualmente el desempeño económico. Una erosión del capital social significa una pérdida efectiva de capital para Chile en el momento mismo en que el país ha de competir en escenarios globalizados.

Y cuáles cree que son las razones por las que este malestar no ha estado en el debate público, si desde hace algún tiempo diversas encuestas apuntan a esta realidad?

El malestar viene de antes, pero tal vez no sea el mismo. Antes, probablemente su contenido, siempre mudo y difuso, tuviese que ver con el gobierno militar, con la falta de libertad, con experiencias de humillación e injusticia. Nuestro modo de vida tenía otras condicionantes. Ahora, posiblemente la desazón concierne igualmente el modo en que vivimos. Pero, una vez restablecidas las libertades democráticas, la modernización deviene el rasgo predominante. El Informe del PNUD muestra que el malestar tiene, en parte, sus raíces en ciertas deficiencias del modus operandi de la modernización (p.ej. en el campo de la salud o previsión).

No hay planificación posible del desarrollo histórico; procesos de "ensayo y error" son inevitables. La mera denuncia del "modelo" resulta inconducente. Más fructífero es un análisis atento - e integral - de sus tendencias. En su momento aprendimos que la globalización - el redimensionamiento del espacio y del tiempo - obliga a pensar en términos de país. Sin embargo, bajo la presión de la competitividad internacional, olvidamos arreglar las cuentas internas. En 1990 la prudencia, la consolidación de las instituciones, el dar tiempo al tiempo, hacían sentido. Terminamos confundiendo necesidad con virtud. Las buenas cosas, llevadas al extremo, se trastocan. La racionalidad que mostró el sistema político en una coyuntura delicada, ahora aparece como una lógica autoreferida, de escasa capacidad para escuchar y procesar el querer de la gente. Tiende a prevalecer un enfoque gerencial.

Un mérito de la modernización radica en la mejora de la gestión (en la esfera privada y pública). Pero cuando la gestión (o el mercado) se transforman en principio absoluto, distorsionan la realidad social. La visión tecnocrática resfuerza una tendencia intrínseca a la modernización: la creciente autonomía de los sistemas funcionales. Estos se independizan a tal punto que la "lógica de sistema"

adquiere la fuerza de un verdadero "poder fáctico". Ahora bien, un enfoque que no logra dar cuenta de los sentimientos y afectos de la gente, no da cuenta de una dimensión fundamental del orden social. Tratada como factor residual (cuando no interfiere irracional), la gente se resiente y la sociabilidad se deteriora. La subjetividad denegada por el enfoque gerencial suele vengarse mediante reacciones populistas. El populismo ensalza los sentimientos agredidos, prometiendo un control sobre los sistemas funcionales que, nos guste o no, ahora es más limitado. Tanto la visión tecnocrática como la populista son miopes; ven solamente una parte del desarrollo.

En realidad, la gente quiere ambos procesos: quiere poder aprovechar las opciones que ofrece la modernización y quiere ser acogida y respetada en su identidad individual y colectiva. En suma, quiere ser sujeto del desarrollo y beneficiaria de sus resultados. Por cierto, tanto la modernización como la subjetividad tienen exigencias propias a sus respectivos ámbitos que no son necesariamente compatibles. Hay dilemas, sin duda, pero eso hace el desafío.)Cómo establecer una relación de complementariedad entre el desarrollo de los sujetos y el despliegue de los sistemas? A mi juicio, debemos revisar la estrategia actual en esta perspectiva: compatibilizar el respeto a las lógicas internas de los sistemas funcionales con un "empoderamiento" de las personas como sujetos autónomos.

)Cuáles desafíos plantea el futuro en materia de complementar una lógica de nivel de vida con una lógica de modo de vida?

El desafío mayor, a mi juicio, consiste en poner el desarrollo de Chile en perspectiva. Una perspectiva de futuro que permita - a cada individuo y al país entero - articular la pluralidad, priorizar la diversidad, en fin, concurrir a la reformulación del contrato social de Chile. La elaboración de tal horizonte de futuro es una tarea colectiva. Una contribución presta el Informe del PNUD del cual se desprenden algunas líneas del trazado. Por sobre todo, ofrece una perspectiva normativa: la persona como sujeto del desarrollo. Enfocar el desarrollo social en la perspectiva de "ser sujeto" tiene, en mi opinión, dos implicancias. Implica una sociedad dispuesta a convocar, acoger y articular la subjetividad de la gente y, por ese mismo proceso, poner un límite a la autonomía de los sistemas funcionales. Recalco pues la complementariedad antes mencionada.

Se puede desagregar dicho desafío central en algunas tareas específicas. Una condición fuerte para "ser sujeto" es la disminución de las fuentes de inseguridad. Considerando que ella tiene que ver con el acceso desigual a los diversos servicios de interés público (sea educación y empleo, salud o previsión), la reducción de las - viejas y nuevas - desigualdades sociales me parece prioritario. Una segunda condición radica en el fortalecimiento del vínculo social. El individuo puede adquirir y potenciar sus capacidades solamente en un contexto social de confianza y cooperación. No sólo los individuos requieren lazos de arraigo y pertenencia, la sociedad misma exige procesos de integración para reconocerse y afirmarse como un orden colectivo.

)A su juicio, dónde radica la mayor demanda para revertir los altos índices de desconfianza, temor e inseguridad que exhiben los chilenos?

De acuerdo a los antecedentes empíricos, la principal demanda de seguridad concierne la seguridad

pública. A primera vista, los chilenos tienden a identificar la inseguridad con delincuencia. sin embargo, cualquier conversación sobre el tema revela pronto que el delincuente es una metáfora que alude a otras amenazas, poco verbalizadas. El miedo al delincuente remite a otros miedos más difusos: miedo a la exclusión económica y social, miedo al sinsentido.

Subyacente a la seguridad ciudadana se encuentra, en el fondo, la cuestión del orden. La actual estrategia de modernización ha removido - por su celeridad, su individualismo, su dinámica competitiva - los cimientos profundos del orden. Trastoca los referentes familiares en un momento en el cual, tras años de régimen militar, nuestras capacidades cognitivas y afectivas de "hacer orden" se hallan disminuidas. No basta apelar a la defensa de los valores tradicionales. Las transformaciones aceleradas de las estructuras y conductas sociales exigen un gran esfuerzo de renovación cultural. Una reflexión acerca de las normas y creencias, de los símbolos e imaginarios colectivos mediante los cuales "vivir juntos" hace sentido.

)Usted ha señalado que en Chile no exisate una concepción adecuada del Estado y que falta su dimensión cultural .)Por qué?)Cómo se refleja dicha ausencia?

La cultura tiene que ver, creo yo, con esa extraña "necesidad" humana de dar sentido a su acción. También el Estado se inserta en ese contexto. Apreciamos la dimensión cultural del Estado en diversos ámbitos. Un aspecto evidente es la vasta contribución del Estado a la elaboración del "sentido común". Sea a través del derecho y la escuela, sea mediante múltiples y muy variadas intervenciones (horario laboral, regulación del tránsito) el Estado colabora en la producción y reproducción de un conjunto de reglas de juego, que permiten compartir experiencias y expectativas, motivaciones e intenciones. Es decir, nos relacionamos gracias a un marco de referencia que, en parte relevante, es configurado por el Estado.

Menos visible es otra función del Estado: la representación simbólica de la "unidad" de la vida social. No se trata sólo de la bandera y símbolos patrios, de los monumentos nacionales y otros "lugares de memoria". Cuando el Estado chileno se encargaba de salud, educación y vivienda, no sólo prestaba servicios; también simbolizaba el reconocimiento de la comunidad a sus miembros, los ciudadanos. El Estado mismo es un símbolo. La sociedad exterioriza en una instancia ajena - el Estado - el imaginario de si misma y por intermedio del cual se reconoce y reflexiona en tanto sociedad.

El avance del mercado replanteó, pero no redujo la función regulatoria del Estado; en cambio, dañó su dimensión cultural. Debilitó al Estado en tanto ámbito donde los ciudadanos se reconocen recíprocamente como miembros de una comunidad, donde se sienten protegidos y acogidos, donde, en definitiva, se afirman como sujetos de su destino. Y parece que ello algo tiene que ver con la felicidad.